

belde, era alevosa y traidoramente emponzoñado por el Conde Gonzalo Sánchez, que gobernaba en Lamego, Viseo y Coímbra, falleciendo en el monasterio de Castrelo do Miño el año 967, consagrábase Fernán González á organizar sus dominios y á reponer sus fuerzas quebrantadas con las vicisitudes de la guerra, gozando ya el fruto de sus afanes, la soberanía de Castilla, reconocida en él al postre por don Sancho, por más que en los documentos de la época se haga siempre memoria de los monarcas leoneses, más por costumbre que como señal en algún modo de dependencia. No guardan las historias memoria de las causas por las cuales tornó á alterarse nuevamente la paz entre castellanos é islamitas, ni hay tampoco noticia de quién fué en este caso el agresor, aunque las condiciones de carácter del Conde hacen desde luego presumir que lo fuera el belicoso burgalés, siendo lo cierto que el año 966 (356 de la H.), penetraba dos veces Gálib en territorio de Castilla (1), y que las correrías por ambas partes continuaron, aunque sin la importancia que otras veces, hasta el momento en que la muerte sorprendía á Fernán González cuatro años adelante, según todo parece persuadirlo.

Grandes eran y conmovedoras las muestras de dolor que daba Castilla con motivo del fallecimiento de Fernán González: dotado de muy altas prendas, poseído de invencible ambición, valeroso hasta la temeridad, y penetrado de la aspiración vehemente que hacía latir los pechos castellanos, idolatrado por los suyos, cubierto de laureles, y rodeado de la aureola resplandeciente de los héroes, había no sin afanes, sin contradicciones y sin lucha logrado realizar el ideal de Castilla con su completa emancipación de los monarcas leoneses. La desairada situación en que se ofrecía su patria al repartirse codiciosos García, Ordoño y Fruela los girones del glorioso manto que ceñía á sus

(1) ABEN ADHARÍ de Marruecos, *Bayan-ul-Mogrib*, t. II, pág. 255, líneas 14 y 23, cits. por Dozy.

hombros el egregio Alfonso III; el malestar que por todas partes se sentía; el enojo y la irritación engendrada en los castellanos por el abandono en que les dejaba Ordoño II ante los musulmanes; la excitación que producía la muerte de los Condes en 923, impuesta en condiciones tan depresivas y afrentosas, todo fué con sagaz artificio aprovechado por el poderoso magnate, ya halagando los sentimientos nacionales al combatir á los musulmes y triunfar de ellos en repetidas ocasiones, ya extremando su generosidad y su munificencia en dotar monasterios y erigir templos, ya en fin dando señales de que sólo en él podía esperar Castilla la suspirada emancipación, que había de colmar y satisfacer sus aspiraciones. No de otro modo, por su levantado linaje, por su riqueza y su prestigio, por la fama de que ya gozaba su nombre, lograba que el belicoso Ordoño II fijase en él sus miradas y le confiase el gobierno del Condado de Burgos en 923, como primer escalón de su fortuna para lo venidero. Á la gloria y autoridad de su persona, unía pues Fernán González en aquella fecha, ya emparentado con los reyes de Navarra, la autoridad del cargo que, como delegado suyo le discernía el leonés y en el cual perseveraba durante el fugaz reinado de Fruela: la discordia que surgía al fallecimiento de éste entre los dos hijos de Ordoño, el primogénito don Sancho y Alfonso IV, brindábale ocasión para acrecentar su prestigio y preparar el camino para la consecución y el triunfo de sus ambiciones, que si realizaban los deseos de Castilla, iban aderezadas principalmente á alzarse con la soberanía de aquella región poderosa, cuyas fronteras dilataría con la fuerza de sus armas. Si la razón parecía estar de parte de don Sancho, á quien niegan con injusticia manifiesta los cronistas y los historiadores la honra de figurar en el catálogo de los monarcas leoneses, la fuerza se hallaba del lado de don Alfonso; y comprendiendo que nada podía esperar de éste si triunfaba, mientras ayudando á don Sancho tendría derecho á exigir el reconocimiento de la independencia de Castilla bajo su gobierno, declarábase por el primogénito, cuya suerte seguía, vién-

dose despojado del Condado, cuando merced al ejército navarro conseguía por último don Alfonso ceñir definitivamente la disputada corona.

La abdicación del monarca y la exaltación de Ramiro II, muerto ya don Sancho, quien le devolvía en 931 el Condado, ocasión era para Fernán González propicia; mas las empresas militares de Abd-er-Rahmán III que deseaba castigar el atrevimiento de Ramiro, la horrible expedición en que era Burgos saqueada por los africanos, y la flaqueza en que quedaba Castilla entonces, víctima de la furia del Califa, retardaron el anhelado momento é hicieron inútil la ocasión, que juzgó no obstante llegada el Conde no largo tiempo después, rebelándose abiertamente contra Ramiro, quizás por haberse éste negado á sus insólitas pretensiones. No podía, con efecto, si llegó á manifestarlas, otorgar el hijo de Ordoño II la merced que apetecía el caudillo á quien había encomendado el gobierno y defensa de Castilla, en aquellos momentos en que, vigoroso como nunca, unido como en ninguna ocasión, el Califato cordobés se presentaba amenazador y terrible en frente de las monarquías cristianas que habían trabajosamente medrado á expensas de las discordias de los musulmes; y juzgando sin duda ofensiva á su persona la oposición del monarca, llevado más que de la prudencia de los consejos de la ira, Fernán González osaba desafiar al príncipe sin medir las consecuencias, obteniendo en aquella ocasión su primero y más doloroso desengaño. Vencido, hecho cautivo, encerrado en León, era desposeído ignominiosamente no sólo del Condado, sino de todos sus bienes, logrando sólo la libertad merced al amor de sus vasallos y á costa de la dignidad de su persona; pero aun así y todo, no se ocultaba á Ramiro que el Conde era el ídolo de Castilla y que era en gran manera conveniente para la seguridad del reino, asegurarse de su fidelidad por otros medios que el juramento, obligándole á dar en matrimonio al príncipe don Ordoño su hija doña Urraca, haciendo por tal camino unos los intereses del poderoso prócer y los de la monarquía.

Todo fué inútil sin embargo: ante la ciega ambición que le señoreaba y que hoy puede reputarse más ó menos noble, según la pasión con que sea juzgada, todo hubo de ceder, y cuando los hijos de Ramiro, Ordoño y Sancho, aspiraban al trono, Fernán González levantaba la enseña del sobrino en lugar de favorecer la de su hija, con el deseo de obtener en cambio el reconocimiento de su personal soberanía.

Triunfaba Ordoño no obstante; y restituyéndole con generosa mano los bienes y la autoridad oficial de que había sido desposeído por Ramiro en Castilla, vióse en la precisión de devorar su despecho el Conde, hasta que en pos de la muerte inesperada de su yerno (955) y de la coronación de don Sancho, fomentada por él la conjuración á que parecían dar causa el intento del príncipe y la enfermedad que le desfiguraba, hubo de conseguir su destronamiento, y que el cuarto Ordoño, apellidado *el Malo ó el Intruso*, por él erigido rey de León, reconociese la independencia de Castilla y la soberanía con tanto empeño de Fernán González codiciada y al fin por tales artes conseguida. La restauración de don Sancho y el desastre de Cirueña, con la deliberación del Conde bajo las condiciones que le imponía el navarro y que aceptaba aquel sin oposición alguna, bien claro demostraban que el que llaman los escritores nieto de Nuño Rasura, que aquel en quien según ellos recaía el Condado por herencia, no perseguía otro ideal que el de la soberanía, aspirando á igualar á su sobrino el leonés y á su cuñado el monarca de Navarra, en las regiones de Castilla. Cierto es que al realizar sus sueños, realizaba también al propio tiempo las esperanzas de los castellanos, y no es de extrañar por tanto que viesen en él, según dejamos dicho, el ejecutor providencial de los anhelos de Castilla; el héroe invicto que afectaba diestramente posponer sus intereses personales y familiares al interés común; el caudillo valeroso que sembraba de laureles el suelo de la antigua provincia leonesa; el fundador, en fin, de la monarquía castellana, que había de absorber definitivamente en la XIII.<sup>a</sup> centuria y en la persona del tercer

Fernando, las de Asturias y León con gloria de la Reconquista.

Tal es, á las miradas imparciales de la historia la gallarda figura de Fernán González, que si en ocasiones se muestra como oscurecida y eclipsada por grandes vicios, propios de la época y de las circunstancias, resplandece siempre gloriosa, siendo honra y orgullo á la par no sólo de Burgos, donde nació y tuvo su morada aquel varón preclaro, no tampoco de Castilla, cuya representación ostenta durante la décima centuria, sino de España entera que no pronuncia su nombre sin admiración y respeto y que le ha inscrito en la larga nómina de los héroes que ilustran los procelosos tiempos medios, sin necesidad de cuantas creaciones han forjado la tradición y la leyenda para enaltecer la memoria del egregio Conde castellano. Grabados quedaron sin duda en la de sus vasallos los altos merecimientos de Fernán González por tan indeleble modo; tan presentes los hazañosos hechos y las maravillosas proezas por él realizados, y acrecentados por la fama, y sobre todo, tanta era y tan profunda y tan viva la gratitud en los honrados pechos de Castilla que, al evocar el nombre de su antiguo y esforzado caudillo, no hallaron testimonio mayor que tributarle de sus generosos sentimientos que personificando en él al pueblo de cuyos destinos dispuso y cuya admiración y cariño supo granjearse en todas ocasiones, ya como poderoso magnate en su florida mocedad, ya como delegado de la corona en su edad viril y ya también como soberano en los postreros días de su gloriosa existencia. Tan íntimamente enlazadas resultaban la del Conde y la de Castilla, que no era dable distinguirlas ni separarlas; por eso la Musa popular que canta los nobles entusiasmos y palpita con las grandes figuras, estremeciéndose ante los grandes hechos, al ensalzar los de Fernán González ensalza los de Castilla, aquella provincia del asturiano reino que poco tiempo antes, como dice el poeta, era

..... vn pequenno rryncon,  
Amaya era cabeça | é Fytuero fondon,

Era Montes Doca | de Castylla moion,  
Moros tenian Caraço | en aquesta saçon,

y ahora, al fenecer Fernán González, al desvanecerse en las sombras del sepulcro el héroe que llena con su grandeza toda una centuria, era un reino poderoso que no sólo imponía respeto á los enemigos de la patria y de la fe, sino también á los monarcas mismos de León y de Navarra.

Allá, en aquel Monasterio venerable de San Pedro de Arlanza, por él nuevamente fundado y enriquecido, y que encerraba la memoria de uno de sus más celebrados triunfos sobre los musulimes; en aquel sagrado recinto, reconstruído en centurias posteriores y por él mirado siempre con predilección extrema, donde se conservaba el recuerdo de Cascajares y Acina, recibían en 970 descanso eterno sus cenizas, regadas con el llanto del pueblo á cuyo engrandecimiento y á cuya libertad había sin tregua ni descanso contribuído. Allá, fuera del recinto sagrado primero, cerca después del presbiterio, reposó largo tiempo de las fatigas y las miserias mundanales, sin que los vientos ni las tempestades políticas que anublaron en los siguientes siglos el cielo de la patria, turbasen jamás el imponente silencio de su tumba, donde con mano piadosa y envanecida trazó la XVI.<sup>a</sup> centuria el siguiente epígrafe, hoy perdido entre las ruinas del templo, y que revela ya la época en que fué esculpido:

UNICUS, FORTISSIMUS, MAGNANIMUSQUE COMES,  
BELLIGER, INVICTUS, DUCTUS AD ASTRA FUIT.  
LIBIAM, HISPANIAM DOMUIT, ANGELICIS CHORIS ADDUCTUS.  
VIRTUTE, VI ET ARMIS VINDICAVIT SIBI CASTELLAM.  
AUSTRORUM, GALLIAE, ANGLIAE. GOTHORUM SANGUINE VENIT,  
GENUS UNDE REDUNDAT HESPERIAE REGNUM  
OBIIT QUI VIVIT ERA M. VIII. (1).

(1) Borradas ó destruídas acaso intencionalmente las cuatro últimas cifras de la Era, han sido suplidas por Sandoval en esta forma, aceptándolas nosotros por con-

Las vicisitudes y los trastornos políticos de la actual centuria, interrumpiendo á deshora el reposo del insigne Conde de Castilla, negáronle á la par su último refugio, siendo, después de haber descansado por espacio de 872 años en el Monasterio de Arlanza, trasladada la tumba que la tradición viene señalando como depositaria de sus restos y en unión de la que se atribuye á la insigne Condesa doña Sancha, desde la abandonada casa religiosa que fué por él fundada, á la *Colegiata* de Covarrubias, donde actualmente se conservan una y otra, sabe Dios hasta cuándo.

Examinada ya la figura histórica de Fernán González, tal y cómo se encuentra, libre de fantasías y quimeras, en la imparcial historia, para lo cual hemos procurado huir por nuestra parte el apasionamiento en uno y otro sentido, según pretendemos haberlo por lo menos intentado, lícito nos será, antes de proseguir nuestro camino á través de las edades que fueron, estudiar la figura poética y tradicional del optímato castellano, cuya fama compartió con la del Cid el entusiasmo de Castilla durante la Edad-media, y cuyas hazañas inspiraron con el mismo ardimiento la Musa popular desde el siglo XIII á la era del Renacimiento.

certar con la fecha en que los más autorizados escritores fijan la muerte de Fernán González. Aunque en lugar propio estudiaremos al tratar de Covarrubias los pretendidos sepulcros de Fernán González y de su esposa doña Sancha, los lectores que lo desearan pueden servirse consultar al propósito cuanto dejamos ya consignado en el art. II de los *Estudios arqueológicos de la provincia de Burgos*, publicado en el tomo CXVIII de la *Revista de España*, pág. 369 á 399.



## CAPÍTULO V

Fernán González en la tradición y en la leyenda

NI se hace necesario, ni interesa realmente á nuestro propósito, para reconocer mayor ó menor autoridad á la leyenda, entrar por nuestra parte en la cuestión, ya del todo resuelta por la crítica, relativa á la antigüedad del primer monumento literario en que aquella cobraba nuevos alientos, al declararse patrimonio de la poesía heroico-erudita en las regiones castellanas los altos hechos y las peregrinas hazañas realizadas por el Conde Fernán González, «cuyas proezas—dice el autor de la *Historia crítica de la literatura española*—fueron una y otra vez comparadas á las del Cid Campeador, permaneciendo el lauro dudoso entre ambos adalides durante toda la Edad-media,» según dejamos arriba insinuado.

Fernán González, antes quizás que el héroe de Valencia, había merecido en Castilla la honra de que siendo «constante ídolo